



- I. **El curso** **Manuel Vicent**
Función comunicativa: Identificar y describir objetos y situaciones
Contenido léxico: Campo semántico *estaciones del año, frutas y verduras*
- 5 II. **Gente que conocí** **G. Cabrera Infante**
Función comunicativa: Definir, describir y valorar acciones, objetos y hechos
Contenido léxico: Léxico relacionado con *personas y sentimientos*
- 10 III. **La casa de Arequipa** **Mario Vargas Llosa**
Función comunicativa: Descripción subjetiva de objeto. Perspectiva narrativa
Contenido léxico: Campo semántico *ciudad-casa*
- 15 IV. **Fernando** **Luis Sepúlveda**
Función comunicativa: Expresar un juicio de valor. Argumentar
Contenido léxico: Léxico relacionado con *animales y lugares*
- 20 V. **Baja intensidad *** **A. Muñoz Molina**
Función comunicativa: Identificar la función de siglas y abreviaturas
Contenido léxico: Siglas- abreviaturas-acrónimos
- 25 VI. **La temible quejumbre** **Javier Marías**
Función comunicativa: Destacar el tono y el mensaje del texto
Contenido léxico: Campo semántico *quejumbre*- sinónimos y antónimos
- 30 VII. **La composición** **Antonio Skármeta**
Función comunicativa: Argumentar sobre el tema central de la narración
Contenido léxico: Campo semántico: *dictadura*
- 35 VIII. **Un caso cogido por los pelos** **Art. periodístico**
Función comunicativa: Identificar la función de las frases y modismos
Contenido léxico: Frases y modismos relacionadas con la palabra *pelo*
- IX. **La espera *** **Jorge Luis Borges**
Función comunicativa: Destacar el tema y el argumento
Contenido léxico: Oralidad, geosinónimos, argentinismos
- X. **Proyección de una película**

Ejercicios

1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.
2. Cada estudiante preparará el vocabulario de un texto:
3. Elegir las palabras desconocidas; indicar la etimología y la acepción correspondiente al texto.
 - a. Incluir la fuente lexical con precisión.
 - b. Complementar con información enciclopédica cuando el texto lo requiera.
4. Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.
5. **La literatura secundaria: La omisión de la bibliografía o la copia sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo y la suspensión del curso.** Se recomienda seguir : *Richtlinien zur Erstellung wissenschaftlicher Arbeiten. Romanisches Seminar der CAU.*



6. Los estudiantes deben hacer personalmente las redacciones sin ayuda de terceros para evitar la suspensión del curso.

Entrega de las redacciones

Horacio aconsejaba en su *Epístola a los Pisones* « guardar nueve años los manuscritos antes de publicarlos ». Como las redacciones solicitadas en este curso, no se publicarán, es conveniente que se entreguen **puntualmente todas las semanas**, para bien del que las escribe y del que las corrige.

Consultas: LDispert@romanistik.uni-kiel.de

NOTA: En todos los textos se ha respetado la grafía usada por los autores.

A. Diccionarios de consulta: biblioteca del Romanisches Seminar (lista completa ver en el catálogo)

- **Diccionario de lengua española general : la universalidad del español en más de 112000 acepciones** [Barcelona] : Vox, 2009
- ESPASA – CALPE, *Diccionario Básico Espasa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1980
- HAENSCH, Günther / WERNER, Reinhold, *Nuevo Diccionario de argentinismos*, Instituto Caro y Cuervo, Santa Fe de Bogotá, 1993
- MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 2000
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Unigraf, Madrid, 1992
- SÁNCHEZ PÉREZ, Aquilino, *Gran diccionario de la lengua española*, SGEL, Madrid, 1991
- SANTILLANA, *Nuevo diccionario esencial*, Madrid, 2000
- SECO, Manuel, *Diccionario del español actual, 2 tomos*, Aguilar, Madrid, 1999
- SLABY, Rudolf / GROSSMANN, Rudolf / ILLIG, Carlos, *Diccionario de las lenguas española y alemana, 2 tomos*, Brandstetter, Wiesbaden, 1994
- UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, *Diccionario Salamanca*, Santillana, 1996

B. Diccionarios en la Red

Diccionario panhispánico de dudas, Real Academia Española, Santillana, 2005 (puede consultarse en la página de la Real Academia Española).

Diccionario-CLAVE

<http://clave.librosvivos.net/>

Diccionario de español de la Editorial SM. Además de la definición y ejemplos, incluye la etimología, morfología y uso de la palabra buscada

Diccionario de la lengua española

<http://lema.rae.es/drae/>

Página que permite consultar la vigésima segunda edición (2001) del diccionario de la Real Academia Española y las últimas enmiendas

Diccionarios.com

<http://www.diccionarios.com/>

Página para efectuar consultas en el *Diccionario Vox de la lengua española*. Incluye acceso en línea a otros diccionarios: desde el catalán, el inglés y el francés al español y viceversa.



Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española

<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>

Página que permite consultar los diccionarios académicos, desde el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) hasta la edición del diccionario de 1992.

Diccionarios de sinónimos y de antónimos

<http://tradu.scig.uniovi.es/sinon.html>

<http://tradu.scig.uniovi.es/anton.html>

Diccionarios de sinónimos y de antónimos, respectivamente, que pueden consultarse en línea. Por el Servicio Común de Informática Gráfica de la Universidad de Oviedo.

Tesoro Interactivo COES

<http://www.datsi.fi.upm.es/~coes/interactivo/sinonimos.cgi>

Sistema que proporciona, en línea, los sinónimos de un término dado. A cargo del Departamento de Arquitectura y Tecnología de Sistemas Informáticos (DATSI) de la Universidad Politécnica de Madrid.

Tesoro-Diccionario de Sinónimos y Antónimos de Signum

<http://www.lenguaje.com/Tesouro/>

Diccionario, en línea, de sinónimos y antónimos. Desde el sitio en la red de Signum, empresa de ingeniería lingüística de la lengua española.

Diccionarios de sinónimos y de antónimos

<http://tradu.scig.uniovi.es/sinon.html>

<http://tradu.scig.uniovi.es/anton.html>

Diccionarios de sinónimos y de antónimos, respectivamente, que pueden consultarse en línea. Por el Servicio Común de Informática Gráfica de la Universidad de Oviedo.

La página de los diccionarios

<http://jamillan.com/dicciona.htm>

Vademécum de Español Urgente

<http://www.fundeu.es/esurgente/lenguas/>

Base de datos que reúne un importante repertorio de comentarios lingüísticos y aclaraciones de dudas sobre el uso de la lengua española. Para consultar en línea dudas sobre neologismos, antropónimos, topónimos, gentilicios, transcripciones, traducciones, barbarismos, abreviaturas, errores frecuentes, etc. A cargo de la Fundación Español Urgente.



I. **El curso**

Manuel Vicent

(Villavieja, Castellón, 1936-)

Otro año ha pasado. Doce largos meses. Quienes, recordando la época de estudiantes, partimos todavía los años por las vacaciones de verano sabemos que el curso ha terminado. Por mi parte, aún acostumbro a contar los meses por las frutas que tomo de postre. Sé que será abril cuando haya fresas en la mesa; mayo vendrá acompañado de cerezas y junio dejará paso a las brevas de San Juan y a los albaricoques. El perfume de estas frutas lo llevo asociado aún al tiempo de los exámenes. Mientras estudiaba desesperadamente con el libro abierto bajo el flexo, desde la habitación oía cantar al cucullillo, sonaban acordeones de alguna verbena lejana que traía y se llevaba la brisa, y de la oscuridad de la noche brotaban fuegos artificiales de las fiestas de primavera por toda la huerta de Valencia. La libertad del verano llegaba, de pronto, con las sandías. Quienes, además de estudiar, nos hemos criado entre campesinos, sabemos que los años se cuentan por cosechas cuyos ritos agrarios uno debe aplicar también a la moral y al arte de vivir. Ahora trato de recordar cuanto de bueno y de malo me ha sucedido a lo largo del año, y lo guardo en la memoria como si cada sensación, un libro, un viaje, una enfermedad, un lance de amor, la muerte de un amigo, fuera el resultado de un cultivo o de un desastre de la naturaleza. Así siembra el trigo el labrador, así maduran los membrillos, así humean las hojas podridas de otoño donde anidan las trufas que descubrirán los cerdos. El curso ha terminado. Ha pasado otro año. Después de una larga ausencia hay que descubrir el nuevo paisaje que la mente crea en el verano, y otras estancias del propio interior deben ser abiertas y oreadas a la luz de agosto. Es un milagro que se repite al final de cada curso: cargado con la experiencia acumulada durante nueve meses, uno vuelve al mar con el espíritu entero o ya quebrado y encuentra allí todavía algunos placeres de la juventud que nadie ha podido arrebatarse. Puede que aquel bosquecillo de manzanos o el huerto de limoneros esté hoy cubierto de cemento y que el espanto de una guerra, donde mueren tantos inocentes, arruine el último esplendor sobre la hierba, pero más allá de las bombas y de la sangre quedan muchas dulces armonías, agradables músicas, delicados aromas intactos que debes descubrir para seguir aprendiendo. Mientras el verano pasa por encima del sombrero de paja, podrás llegar a una discreta sabiduría si sabes apreciar todavía en lo que vale un desayuno entre pájaros, como en aquellos días felices.

El País, 30 de julio de 2006



II. Gente que conocí

Guillermo Cabrera Infante
(Gibara, Cuba, 1929-Londres, 2005).

He relatado, varias veces, mi coincidencia con Hemingway en su yate *Pilar* buscando un pez enorme pero huidizo. Esa aventura la relaté en otra parte, la publiqué en otro libro. Ahora voy a contar mi visión como testigo de la presencia del autor después de ganar el Premio Nobel, no elusivo como el gran *marlin* (llamado en Cuba castero y en todas partes pez espada), sino presente todavía después de 100 años de haber vivido y medio siglo de haber muerto. Ocurrió en el Club de Pesca, una asociación que se reunía regularmente en la avenida del Puerto de la Habana, ahora en sesión extraordinaria para rendir homenaje al autor, un gran *marlin* de la literatura.

Estaban todos los miembros reunidos ante un almuerzo que Hemingway apenas probó pero sí bebió, hombres de tragos que era. Después del almuerzo se develaría una caricatura de Conrado Massaguer, al gran caricaturista cubano y universal desde los años veinte, en que fundara una revista extraordinaria, *Social*, adelantada a los tiempos, cuya desaparición lamentamos todos cuando pasó. Massaguer ya entrado en años y en carnes, traía su caricatura envuelta en papel como un velo. Cuando logró desvelarla asombró su analogía pictórica, en que Hemingway era el viejo y el *marlin* a la vez. Todos elogiaban el arte de Massaguer cuando Hemingway se levantó, tomó el cuadro como para aceptarlo y se lo rompió en la cabeza del artista. Todos se quedaron pasmados menos Hemingway, que cogió la puerta tan ancho y tan alto como era y se fue sin decir palabra. Hay imágenes que valen por una palabra. Conrado, honrado de esta manera, se quedó esperando una explicación. ¿Qué diría su obra de arte conclusa?

Pero Hemingway había tenido antes, en el aeropuerto, un gesto de gesta. Venía en avión de haber recibido el premio que le importaba tanto recibirlo después de haberlo ganado su rival William Faulkner. Toda la prensa nacional, internacional y local estaba en el aeropuerto. La pasarela flanqueada por dos banderas, la cubana y la americana. Hemingway, decidido, se inclinó ante la bandera cubana y la besó. Cogió a todos por sorpresa y un fotógrafo le dijo que no había podido captar su gesto y le pidió que lo repitiera ante la cámara. Hemingway, evidentemente molesto, dijo bien claro: "No voy a repetir para las cámaras un gesto que viene del corazón". Todos aplaudieron menos Massaguer que no estaba en el aeropuerto.

Luego la cerveza Hatuey, la gran cerveza de Cuba que lleva en su logo la efigie del jefe indio que fue el primer cubano en revelarse contra los españoles, sus dueños, organizaron en el poblado del Cotorro, cerca de La Habana, un gran homenaje al autor laureado. Que esta vez, sin truculencias, prendió su medalla del Nobel en la imagen de la Caridad del Cobre. Allí está, allí debe estar, estarán las dos imágenes: la del premio literario y el mando de la patrona de Cuba. Hemingway, un verdadero contradictorio. Pero Massaguer no estaba por si acaso. Prefería no volver a recibir otro homenaje del autor. Que los recibiera la Virgen primero.

El País, Semanal, Punto de fuga, 07-02-1999, pág. 6.



III. La casa de Arequipa

Mario Vargas Llosa
(Arequipa, Perú, 1936-)

La casa en que nació, en el número 101 del Boulevard Parra, en Arequipa, el 28 de marzo de 1936, no tiene ninguna distinción arquitectónica particular, salvo la vejez, que sobrelleva con dignidad y que le da ahora cierta apariencia respetable. Es una casa republicana, de principios del siglo XX.

Había oído en la familia que desde su lado Este se tenía una magnífica vista de los tres volcanes tutelares de mi ciudad natal, pero ahora ya no se ven los tres, solo dos, el Misti y el Chachani, que lucen esta mañana soberbios y enhiestos bajo el sol radiante. En los 75 años transcurridos desde que vine al mundo han surgido edificios y construcciones que ocultan casi enteramente al tercero, el Pichu Pichu. Otro mérito de esta casona es haber resistido los abundantes temblores y terremotos que han sacudido a Arequipa, tierra volcánica si las hay, desde entonces.

Consta de dos pisos y desde su terraza trasera se divisa una buena parte de la sosegada campiña arequipeña, con sus pequeños huertos y chacras. Su jardín delantero está completamente muerto, pero las lindas baldosas modernistas de la entrada brillan todavía. La familia Llosa alquilaba el segundo piso a los dueños, la familia Vinelli, que vivía en la planta de abajo. La primera vez que yo pude entrar y conocer por dentro la casa donde nació y pasé mi primer año de vida, fue a mediados de los años sesenta. Entonces vivía allí, solo, un señor Vinelli, afable viejecito que se acordaba de mi madre y mis abuelos, y que me enseñó el cuarto donde mi madre estuvo sufriendo lo indecible durante seis horas porque yo, por lo visto, con un empujamiento tenaz, me negaba a entrar en este mundo. La comadrona, una inglesa evangelista llamada Miss Pitzer, después de esta batalla tuvo todavía ánimos para ayudar a dar a luz a la madre de Carlos Meneses, que es ahora director del diario *El Pueblo* de Arequipa.

Como sólo viví un año aquí, no tengo recuerdo personal alguno de la casa del Boulevard Parra. Pero sí muchos heredados. Crecí en Cochabamba, Bolivia, oyendo a mi madre, mis tíos y abuelos contar anécdotas de Arequipa, una ciudad que añoraban y querían con fervor místico, de modo que cuando vine por primera vez a la Ciudad Blanca -así llamada por sus hermosas iglesias, conventos y casas coloniales construidas con piedra sillar que destella con la luminosidad de las mañanas-, yo tuve la sensación de conocerla al dedillo, porque sabía los nombres de sus barrios, de su río Chili, de sus volcanes y de esas barricadas de adoquines que levantaban los arequipeños cada vez que se alzaban en revolución (lo hacían con frecuencia).

Mis primeros recuerdos personales de Arequipa son de ese viaje, que tuvo lugar en 1940. Había un Congreso Eucarístico y mi mamá y mi abuela me trajeron consigo. Nos alojamos donde el tío Eduardo García, magistrado y solterón, que era reverenciado en la familia porque había estado en Roma y visto al Papa. Vivía solo, cuidado por su ama de llaves, la señora Inocencia, que puso bajo mis ojos, por primera vez, un chupe de camarones rojizo y candente, manjar supremo de la cocina arequipeña, que luego sería mi plato preferido. Pero esa primera vez, no. Me asustaron las retorcidas pinzas de esos crustáceos del río Majes y hasta parece que lloré. Del Congreso Eucarístico recuerdo que había mucha gente, rezos y cantos, y que un señor con corbata pajarita, en lo alto de una tribuna, discursaba con ímpetu. Lo aplaudían y mi abuelita Carmen me instruyó: "Se llama Víctor Andrés Belaunde, es un gran hombre, y además nuestro pariente". Estoy seguro de que en ese viaje ni mi madre ni mi abuela me mostraron la casa en que nació.

Porque la casa del Boulevard Parra traía a mi madre recuerdos siniestros, que sólo muchos años después, cuando yo era un hombre lleno de canas y ella una viejecita, se animó a contarme. En esa casa se había casado, con un lindo vestido de novia, en un oratorio levantado bajo la escalera -lo atestigua la fotografía de los "Vargas Hermanos", inevitables



en todos los casamientos de la Arequipa de entonces-, con mi padre, un año antes de mi nacimiento, y de allí habían partido ambos hacia Lima, donde la pareja viviría. Se habían conocido en el aeropuerto de Tacna poco antes, y mi madre se había enamorado como una loca de ese apuesto radio operador que volaba en los aviones de la Panagra. Mis abuelos habían intentado demorar esa boda. Les parecía precipitada y rogaron a mi madre esperar un tiempo, conocer mejor a ese joven. Pero no hubo manera, porque a Dorita, cuando algo se le metía en la cabeza nadie se lo sacaba de allí, ni siquiera cortándosela (rasgo que, creo, también le heredé).

El matrimonio fue un absoluto desastre, por los celos y el carácter violento de mi padre. Sin embargo, cuando mi madre quedó embarazada, el caballero pareció amansarse. Mi abuelita anunció que iría a Lima, a acompañar a su hija durante el parto. Mi padre propuso que más bien Dorita viajara a dar a luz a Arequipa, rodeada de su familia. Así se hizo. Desde el día en que se despidieron, el caballero no volvió a dar señales de vida, ni a responder las cartas y telegramas que mi madre le enviaba. Así fue como ella, mientras yo crecía en su vientre y pegaba las primeras pataditas, descubrió que había sido abandonada. "Fue un año atroz", me confesó, con la voz que le temblaba. "Por la vergüenza que sentía. Durante el primer año de tu nacimiento no salí casi nunca de la casa del Boulevard Parra. Me parecía que la gente me señalaría con el dedo". Había sido abandonada por un canalla y era ella la que se sentía avergonzada y culpable. Tiempos atroces, en efecto.

Todas las veces que he venido a Arequipa desde entonces y he pasado por el Boulevard Parra a echar un vistazo a la casa en que nací, he tratado de figurarme lo que debió ser la vida de esa muchacha veinteañera, con un hijo en brazos y sin marido (cuando mis abuelos, a través de un abogado amigo, hicieron saber a mi padre que había tenido un hijo, él se apresuró a entablar una demanda de divorcio), auto secuestrada en esta vivienda por temor al qué dirán. Los abuelos debieron también sufrir mucho con lo ocurrido y pensar que aquello era una deshonra para la familia. Por eso, nadie me quita de la cabeza que la familia Llosa abandonó el terruño a que estaba tan aferrada y partió a Bolivia para poner una vasta geografía de por medio con aquella *tragedia* de la pobre Dorita.

¿Lo consiguieron? ¿Fueron felices en Cochabamba? Yo creo que sí. Recuerdo mis años cochabambinos como un paraíso. En la gran casa de la calle Ladislao Cabrera, la vida de la tribu familiar parecía transcurrir con sosiego y alegría. Mi madre era joven y agraciada, pero nunca aceptó galanes, en apariencia porque, siendo tan católica, para ella no había más que un matrimonio, el de la iglesia. Sin embargo, la razón profunda era que, pese a todo, seguía amando con toda su alma al caballero que la maltrató. Que 10 años después de su *tragedia* volviera a juntarse con él, así lo demostraría.

Pero esta mañana soleada y hermosísima no está para pensar en cosas tristes y truculentas. El cielo es de un azul impresionista y hasta el desvencijado caserón del Boulevard Parra parece contagiado del regocijo general. El alcalde de Arequipa acaba de decir unas cosas muy bonitas sobre mis libros y si mi madre hubiera estado aquí habría soltado algunos lagrimones. El burgomaestre recordó, también, todo el tiempo que han pasado aquí los Llosa, desde que llegó a esta tierra el primero de la estirpe, a comienzos del siglo XVIII, don Juan de la Llosa y Llaguno, desde la remota Trucios, un enclave cántabro incrustado en Vasconia. Y por supuesto que mi madre se hubiera alegrado mucho de saber que esta casa que le traía tan malos recuerdos será, a partir de ahora, una institución cultural, donde los arequipeños vendrán a leer y a sumergirse en las fantasías literarias y a soñar con ellas y a vivirlas, como ella me enseñó a hacer para buscar la felicidad cuando todavía yo babeaba y mojaba las sábanas a la hora de dormir.

© Derechos mundiales de prensa en todas las lenguas reservados a Ediciones EL PAÍS, SL, 2011. © Mario Vargas Llosa, 2011., 27 de marzo de 2011, pág. 39.



IV. Fernando

Luis Sepúlveda
(Ovalle, Chile, 1949-)

Algún día perdido en la memoria de los vecinos de Resistencia, en el Chaco, por sus calurosas y húmedas calles se vio caminar a un forestero que cargaba una guitarra mientras charlaba amigablemente con un perro de raza desconocida que lo acompañaba con fidelidad de sombra.

El desconocido llamó a la puerta de una pensión y, tras presentarse como artista ambulante, cantor de bolero para mayor precisión, preguntó si él y su perro podían hospedarse.

- Siempre y cuando respeten las horas de siesta. Vos no cantás y el perro no ladra - le respondieron.

La siesta es larga en el Chaco. Las horas de reposo pasan lentas y apacibles como las aguas del Paraná. Bajo el rigor canicular no canta el hornillo, el surubí reposa en el fondo del río, y las gentes se abandonan a un sopor profundo y benéfico.

A los pocos días de llegar, el cantor se durmió para siempre en una siesta, y al descubrir el triste suceso, el dueño de la pensión y los vecinos comprobaron que sabían muy poco, casi nada, de aquel hombre.

-Uno de los dos obedece al nombre de Fernando, pero no sé si es él o el perro - comentó - alguno.

Luego de sepultar al cantor, y como una forma de respetar su memoria, los vecinos de Resistencia decidieron adoptar al perro, lo llamaron *Fernando* y le organizaron la vida: el dueño de un boliche se comprometió a darle cada mañana un tazón de leche y dos medias lunas. El perro *Fernando* desayunó durante 12 años en la misma mesa. Un matarife decidió servirle cada mediodía un trozo de carne con hueso. El perro *Fernando* acudió puntualmente a la cita durante toda su vida.

Los artistas del Fogón de los Arrieros, una casa sin puertas en la que todavía los caminantes encuentran reposo y mate, aceptaron al perro *Fernando* como socio de la institución, donde destacó como implacable crítico musical. Tal vez heredado de su primer amo, el perro poseía un agudo sentido de la armonía, y cada vez que algún músico desafinaba debía soportar la reprimenda de los aullidos de *Fernando*.

Mempo Giardinelli me contó que, durante un concierto de un prestigioso violinista polaco en gira por el noreste argentino, el perro *Fernando* escuchó atentamente desde su lugar en primera fila, con los ojos cerrados y las orejas atentas, hasta que una pifia del músico le hizo proferir un desgarrador aullido. El violinista suspendió la interpretación y exigió que sacaran de la sala al perro. La respuesta de los chaqueños fue rotunda :

- *Fernando* sabe lo que hace. O tocás bien o te vas vos -.

Durante doce años, el perro *Fernando* se paseó a sus anchas por Resistencia. No había boda sin los alegres ladridos de *Fernando* mientras los recién casados bailaban un



chamamé. Si *Fernando* faltaba a un velorio era todo un desprestigio tanto para el muerto como para los deudos .

La vida de los perros es por desgracia breve, y la de *Fernando* no fue una excepción. Su funeral fue el más concurrido que se recuerda en Resistencia. Los caciques de la política cantaron loas a sus virtudes ciudadanas , los poetas leyeron versos en su honor y una suscripción popular financió su monumento, que se levanta frente a la casa de Gobierno, pero dándole la espalda, es decir, mostrándole el culo al poder.

Hace un par de semanas, con mi hijo Sebastián, que se inicia en los senderos que amo, salimos de Resistencia para cruzar el Chaco impenetrable. En el límite de la ciudad leímos por última vez el letrero que dice : « Bienvenidos a Resistencia, ciudad del perro *Fernando*. »

LUIS SEPÚLVEDA, *Hitorias marginales*, Seix Barral, 2000, pág.85.

Zentralbibliothek, Freihandbereich Uni Kiel

Freihandfachnummer: rom 980:sep 8,2 Signatur: Bc 2082



V. Baja intensidad

Antonio Muñoz Molina
(Ubeda, Andalucía, 1956-)

Ibamos en coche por una carretera rural y un cartel con aspecto de recién instalado me llamó la atención. Decía, no sin magnificencia publicitaria: ESTACIÓN DE TRANSFERENCIA DE RESIDUOS SÓLIDOS URBANOS. Tardé un poco en darme cuenta de que lo que había detrás del cartel era una montaña de basuras, y que lo que se decía tan enfáticamente y con tantas palabras técnicas habría podido resumirse en un viejo término castellano: Vertedero. La diferencia es que si uno dice “vertedero” lo puede entender todo el mundo, hasta los mayores ignorantes, mientras que al recitar “Estación de transferencia de residuos sólidos urbanos” debe de adquirirse un sentimiento de importancia, de especializada solvencia. ¿Qué jerifalte municipal o autonómico va a rebajarse a inaugurar un vertedero? En cambio, siempre habrá una tropa de autoridades dispuestas a asistir a la inauguración de una estación de transferencia de residuos sólidos urbanos, en compañía de la pertinente nubes de pelotas y fotógrafos.

Un vertedero huele mal, despidе humos sofocantes, se convierte en vivero de ratas y en yacimientos de tesoros sórdidos para los mendigos que buscan entre las basuras. Un vertedero es una cosa de pobres, un paisaje del Tercer Mundo; una estación de transferencia de residuos sólidos urbanos será sin más remedio un establecimiento tecnificado, modélico, digno de la Unión Europea, del nuevo siglo, de la moneda única. Imagino que ya habrá expertos y enterados que manejan sus siglas: ETRSU. En los organigramas municipales existirá una placa de técnico de gestión de ETRSU, que no sólo suena mejor que basurero, sino que además es imposible de entender, lo cual favorece esa aspiración que tienen en común los gobernantes y los expertos: que sus tareas y sus sabidurías estén rodeadas por un velo de sagrado hermetismo.

Las siglas tienen, para el ignorante de su significado, el mismo poder de amenaza y misterio que tenían sobre los analfabetos las palabras escritas en latín sobre las fachadas de los edificios. Cuando yo empecé a trabajar en una oficina municipal, el despacho contiguo al mío tenía sobre la puerta un cartel que modestamente indicaba: “Negociado de Aguas”. Cualquiera vecino, por ignorante que fuera, podía deducir que en esa oficina se gestionaba el suministro de agua corriente, de las aguas públicas de la ciudad. Alguien, un concejal visionario, de aquellos que empezaban a llevar trajes abolsados en los años ochenta, debió de suponer que aquel letrado tan simple y aquella oficina de muebles grises y legajos constituían un anacronismo vergonzoso, así que en poco tiempo el casi galdosiano negociado de aguas se convirtió nada menos que en EMASAGRASA, término meritorio y sonoro, pero tan indescifrable como un jeroglífico egipcio. El significado era, creo recordar: “Empresa municipal de abastecimiento y saneamiento de Granada”. Donde antes hubo tres palabras ahora había ocho, pero curiosamente ninguna de ellas era la única necesaria, la que justificaba las siglas y las instalaciones y el abastecimiento y saneamiento: la palabra agua. Eran tiempos de cambio y progreso, los ochenta: resueltas a abolir la denigrante recogida de basuras, las autoridades la convirtieron en « ingeniería ambiental ».

En los últimos 15 o 20 años los cerebros rectores de la innovación pedagógica en España han logrado sumir a dos generaciones en una venturosa ignorancia, muy útil para fabricar ciudadanos dóciles y consumidores obedientes, pero su mayor logro ha sido el desguace del idioma, su conversión en siglas y en jerga. Cualquiera padre se quedará estupefacto al leer las calificaciones escolares de sus hijos, más ilegibles que un prospecto de medicinas o que las instrucciones de un ordenador. Más que a mejorar su formación y a entender a los alumnos, a lo que tienen que dedicarse los educadores es a adiestrarse en esa palabrería demente que convierte a la pizarra en « panel vertical de aprendizaje » y llama a los comportamientos « contenidos actitudinales ». Ahora que lo pienso, es injusto que los autores de estas innovaciones del idioma queden siempre en el anonimato. En alguna parte debe de estar el visionario al que se le ocurrió ennoblecer y tecnificar los vertederos



llamándoles Estación de Transferencia de Residuos Sólidos Urbanos, y no es lícito que no se le otorgue la gloria que merece al pedagogo ministerial que tuvo el golpe sublime de inspiración de llamar “segmento de ocio” al desacreditado recreo, o el ejecutivo de la compañía de ferrocarriles que decidió que los usuarios de los trenes ya no seríamos nunca más anacrónicos viajeros, sino modernos clientes, que es como nos llaman ahora en los avisos de los altavoces. La competencia es ardua, y los méritos muchos, pero si hubiera que otorgar un premio yo se lo daría a ese talento, por ahora anónimo, que dio en llamar al vandalismo, al chantaje, a la amenaza de asesinato, al gangsterismo impune, violencia de baja intensidad.

El País Semanal, 31-1-99, pág. 106.



VI. La temible quejumbre

Javier Marías
(Madrid, 1951-)

Yo no sé si recuerdan que la censura es ilegal en nuestro país desde hace veinticinco años. El apartado 2 del artículo 20 de nuestra Constitución establece que el ejercicio de los varios derechos a la libertad de expresión «no puede restringirse mediante ningún tipo de censura previa». Y el 5 añade que «sólo podrá acordarse el secuestro de publicaciones, grabaciones y otros medios de información en virtud de resolución judicial». Por fortuna, no ha habido apenas tentativas abiertas de enmendar estas disposiciones, pero a nadie se le escapa que ocasionalmente sí se ejerce censura, privada o pública, posterior o previa (de la previa no solemos enterarnos), o se solicita su aplicación «por motivos buenos o justos», olvidando que en este campo no hay nunca más motivo aceptable que la evitación de un grave delito.

Algo que no deja de sorprenderme es el control férreo que muchas personas mantienen sobre cosa tan nimia, breve y por lo general estúpida como la publicidad. Tengo la impresión de que, al no ser ésta en rigor «informativa», ni tampoco en rigor «artística», los censores *de facto* se atreven a ponerle cortapisas y a intentar retirarla mucho más que a un artículo de opinión, una película o una novela. Hace unas semanas, la Defensora del Lector de este diario [El País Semanal], Malén Aznárez, dedicaba parte de su espacio a comentar las protestas recibidas por la inserción de un anuncio de reloj de caballero cuyo texto rezaba: «Casi tan complicado como una mujer. Pero puntual». Y luego, en letra más pequeña: «Desde 1868. Y mientras siga habiendo hombres». De inmediato llovieron las acusaciones de «sexismo» (fea palabra con poco sentido pero con mucha fortuna entre nosotros, como todas las americanadas verbales), con el resultado final de que el responsable de la marca, aterrado, decidió no volver a utilizar «de momento» el afrentoso anuncio en cuestión. Yo estoy convencido de que si su texto hubiera dicho «Casi tan sencillo como una mujer. Y tan puntual», las protestas no habrían sido menores. «¿Cómo que sencillas?», habrían bramado los que ahora han rugido «¿Cómo que complicadas?». «Y lo de puntuales, ¿qué va, en plan sarcástico-machista?», habrían vociferado los que ahora han aullado «¿Cómo que impuntuales? ¿Cuándo acabaremos con los tópicos sexistas?». No es la primera ni será la última vez que un anuncio se retire -se censure- por la mucha quejumbre del personal. Leo que en 2002 el Instituto de la Mujer recogió nada menos que quinientas setenta y nueve denuncias por publicidades «sexistas», incluida una que «promovía la subordinación de la mujer» al mostrar unas manos femeninas atando los cordones de unos zapatos masculinos (!). Supongo que cualquier imagen de un hombre rodilla en tierra, calzándole un zapato a una mujer -algo visto hasta la saciedad-, promovería a su vez la subordinación de aquél a ésta.

Pero lo que encuentro más alarmante es la proliferación de estas protestas, que a menudo rozan la paranoia o entran de lleno en el espíritu policial-religioso franquista (que impedía la aparición de cualquier teta o culo femenino), sino el increíble miedo que inspiran a los acusados. Lo que en verdad me cuesta entender es que la asendereada Malén Aznárez se vea obligada a ocuparse del reloj ofensivo y a dar explicaciones por su aparición en el diario. Que el responsable de la marca anunciante agache la cabeza contrito y retire sin más la campaña que hizo sin mala intención y «en clave de humor». Que yo mismo, en consecuencia, juzgue oportuno dedicar un artículo a estas prácticas censoras disfrazada de feminismo y «corrección».

Uno de los mayores peligros y empobrecimientos de todo esto es que se está olvidando -o más bien condenando- la existencia del *punto de vista* y de la *subjetividad*: de quien escribe, o hace una película, o concibe un anuncio. Hace ya muchos años, tras una lectura pública en Alemania, una espectadora me preguntó por qué el inicio de un capítulo mío decía «Cuando uno está solo, cuando uno vive solo...», en vez de «Cuando una persona está sola...», y me reprochó la «discriminación». Mi respuesta fue sencilla: «Porque el narrador de la novela es un varón, y cuenta desde su punto de vista y su subjetividad. Otra cosa no



tendría mucho interés, como no lo tendría un mundo en el que todos hablaran y relataran igual». De parecida manera, y salvando las distancias, un anuncio de reloj de caballero puede expresar la *subjetiva* idea de que el sexo opuesto resulta complicado de entender para el propio, noción muy frecuente también a la inversa, desde el punto de vista de muchas mujeres. En todo caso, ni esto ni lo de los cordones parece tan espantoso, sobre todo al lado de tantísimas acciones graves cometidas a diario contra las mujeres, en nuestro país asesinadas casi a mansalva. E indignarse por cosas tan inocuas como esos anuncios supone de hecho devaluar, abaratar, rebajar el concepto de la verdadera agresión a ellas, y mucho me temo que dice más sobre el ánimo quisquilloso y censor de los denunciantes que sobre su espíritu de equidad. De equidad entre los sexos y más allá de ellos, eso quiero decir.

El País Semanal, 21 de diciembre de 2003, pág. 146,



VII. La composición

Antonio Skármeta
(Antofagasta, Chile, 1940 -)

En esa noche se sentaron los tres a cenar, y aunque nadie le ordenó que se callara, Pedro no abrió la boca. Sus papás comían sin hablar. De pronto la madre comenzó a llorar sin ruido.

-¿Por qué está llorando mi mamá?

El papá se fijó primero en Pedro y luego en ella y no contestó. La mamá dijo: - No estoy llorando.

- ¿Alguién te hizo algo?- preguntó Pedro.

- No -dijo ella.

Terminaron de cenar en silencio y Pedro fue a ponerse su pijama. Cuando volvió a la sala, sus papás estaban abrazados en el sillón con el oído muy cerca de la radio, que emitía sonidos extraños, más confusos ahora por el poco volumen.

- Papá. ¿tú estás contra la dictadura?

El hombre miró a su hijo, luego a su mujer, y en seguida ambos lo miraron a él.

Después bajó y subió lentamente la cabeza, asintiendo.

- ¿Te van a llevar preso ?

- No-dijo el padre.

- ¿Cómo lo sabes?

- Tú me traes buena suerte, chico- sonrió.

Pedro se apoyó en el marco de la puerta, feliz de que no lo mandaron a la cama a acostarse como otras veces. Prestó atención a la radio tratando de entender. Cuando la radio dijo:"la dictadura militar", Pedro sintió que todas las cosas que andaban sueltas en su cabeza se juntaban como un rompecabezas.

Al día siguiente, en la escuela, la maestra entró, muy tiesa, acompañada por un señor de uniforme militar...

-Bien- dijo el militar- saquen cuadernos...¿Listos los cuadernos? ¡Bien! Saquen lápiz...¡Anotar! Título de la composición:"Lo que hace mi familia por las noches"...¿Comprendido? Es decir, lo que hacen ustedes y sus padres desde que llegan de la escuela y del trabajo. Los amigos que vienen. Lo que conversan. Lo que comentan cuando ven la televisión. Cualquier cosa que a ustedes se les ocurra libremente con toda libertad. ¿Ya? Uno, dos, tres: ¡comenzamos!

Pedro escribió sin una pausa el siguiente texto:

"Cuando mi papá vuelve del trabajo yo voy a esperarlo al autobús. A veces mi mamá está en la casa y cuando llega mi papá le dice quiubo chico, cómo te fue hoy. Bien, le dice mi papá, y a ti cómo te fue, aquí estamos, le dice mamá.Entonces yo salgo a jugar fútbol y me gusta meter goles de cabecita. Después viene mi mamá y me dice ya Pedro venga a comer y luego nos sentamos a la mesa y yo siempre me como todo menos la sopa que no me gusta. Después todas las noches mi papá y mi mamá se sientan en el sillón y juegan ajedrez y yo termino la tarea. Y ellos siguen jugando ajedrez hasta que es la hora de irse a dormir. Y después no puedo contar más porque me quedo dormido.

Firmado: Pedro Malbrán.

PD.-Si me dan un premio por la composición, ojalá sea una pelota de fútbol, pero no de plástico".

Después que pasó esa semana pasó todavía otra, y un día volvió al aula el militar.

Mis queridos amiguitos –les dijo- Sus composiciones han estado muy lindas y nos han alegrado mucho a los militares. La medalla de oro no recayó en este curso sino en otro, en algún otro. Pero para premiar sus simpáticos trabajitos les daré a cada uno un caramelo, la composición con una notita, y este calendario con la foto del prócer.



Pedro se comió el caramelo camino a su casa y esa noche, mientras cenaban, le contó al papá:

-En la escuela nos mandaron a hacer una composición.

-Mmm: ¿Sobre qué?-preguntó el papá comiendo la sopa.

-Lo que hace mi familia por las noches.

El papá dejó caer la cuchara sobre el plato y saltó una gota de sopa sobre el mantel. Miró la mamá.

-¿Y tú, qué escribiste, hijo ?- preguntó la mamá.

Los papás se volvieron a mirar y Pedro empezó a leer...

« Escuela Siria. Tercer grado »

El papá lo interrumpió:

-Sí, está bien, pero lee directamente la composición, ¿quieres?

Y mientras los padres escuchaban con mucha atención, Pedro leyó.

[Después de leer la composición,] Pedro levantó la mirada y se dio cuenta de que sus padres estaban sonriendo.

-Bueno-dijo el papá-, habrá que comprar un ajedrez, por si las moscas.

La composición, Editorial Sudamericana S.A., 2006



VIII. Un caso cogido por los pelos

Francesc Bayarri
(Almácer, Valencia, 1961-)

Un médico indemnizará a una joven a quien aconsejó raparse el cabello innecesariamente

La ocasión la pintaban calva en el juzgado: una sentencia condena al doctor Ferrando a pagar 1.800.000 pesetas a una joven a la que aconsejó raparse el cabello innecesariamente. Con pelos y señales, el juez de primera instancia explica "el comportamiento obsesivo" del mérido, que ha repetido en otras personas tan extraña práctica. El doctor obtiene cabelleras de jóvenes tomándoles el pelo. Les diagnostica una terrible micosis (una infección por hongos), les indica que deben pelarse y les receta un tratamiento descabellado.

Conchín Pascual, actualmente de 17 años, acompañaba a su hermana Eva por los pasillos del Hospital Clínico de Valencia en enero de 1994. El doctor Ferrando salió a su encuentro y le explicó sin pelos en la lengua, la terrible enfermedad que amenazaba su cabello, una larga melena de color castaño. A la joven se le puso el pelo de punta y contó lo sucedido a su madre. Ésta llamó urgentemente al doctor y así comenzó su calvario.

Conchín se rapó al uno y entregó su melena al doctor, tal como éste le aconsejó, para sanar de la extraña enfermedad. El médico siempre actuó desde la dependencias del hospital público donde trabaja, el clínico de Valencia. La joven se encerró en su casa y dejó de asistir a clase, preocupada por su imagen pública. Tanto ella como su madre, María Leante, estaban disgustadas, pero tranquilas. Al ponerse en buenas manos, no en las de un curandero de medio pelo, habían evitado que Conchín Pascual perdiera definitivamente el cabello. Así lo creían.

Una tía de Conchín se tiraba de los pelos días después al contemplar un programa de Canal 9 llamado *Carta Blanca*. El espacio estaba dedicado a los errores médicos y una mujer, P.R. de 27 años, tomó la palabra para exponer, a pelo, un caso singular: un médico del Hospital Clínico de Valencia le había diagnosticado una micosis que podía provocar la calvicie. Le aconsejó cortarse el cabello y sólo después descubrió por otro médico que su piel estaba sana.

La tía de Conchín informó a su sobrina de lo visto en el programa. Comenzó entonces una batalla legal que ha dirigido con éxito la letrada María José Zabal. Antes, María Leante contactó con P.R., quien le confirmó sus sospechas: se trataba del mismo médico.

La sentencia ha puesto las cosas en su lugar, aunque el doctor ha presentado, a contrapelo, un recurso de apelación. Ferrando es especialista en radiología, aunque su pasión secreta parece ser la dermatología.

Sin cortarse un pelo, el mérido reconoció ante el juez que había actuado igual en otras ocasiones, pero no pudo explicar el motivo de su peculiar conducta. La sentencia señala: "El profesional médico diagnosticó de forma aberrante una enfermedad a una persona joven, a sabiendas de que no la padecía, careciendo de la correspondiente especialidad médica, comportamiento que al repetirse con otras personas reviste los caracteres de obsesivo". La sentencia considera responsable solidario de los hechos al Servei Valencià de la Salut. Por esta razón, de confirmarse la sentencia en apelación, la Administración debería pagar, al menos, la mitad de la indemnización económica.

El doctor Ferrando declaró a este periódico que el "desafortunado incidente" fue "una tontería. Se refería al "incidente" con Conchín. Negó que existan más personas afectadas e indicó que estos hechos sólo le han acarreado "molestias". Fue su lacónica versión de lo sucedido.

P.R. mantiene que sí existen otros casos similares. El suyo se produjo en el mes de enero de 1992, y el de Conchín Pascual dos años después. El dermatólogo al que acudió la primera le indicó, sin desmelenarse, que existían otros antecedentes.

La resolución judicial que les ha venido al pelo a las afectadas, explica: "La existencia del daño, negado por el demandado, es evidente, ya que por la incalificable conducta de tal "profesional", la muchacha tuvo que desprenderse de todo su cabello, estar sometida a la presión de creer padecer una enfermedad grave y contagiosa, con el consiguiente retraimiento y recogimiento casero, dado su cambio estético, que por lo notable y brutal indudablemente afectó tanto a nivel psíquico a la muchacha.

La Audiencia Provincial de Valencia, donde se encuentra actualmente la causa judicial, tiene la última palabra en este peliagudo asunto. Conchín Pascual ha recuperado ya parte de su pelo. Una mejoría capilar que coincide con su victoria en un juzgado de primera instancia de Valencia. Lo explica con voz dulce, como de cabello de ángel.

El País, 20.09.1995, Edición Valencia

55 Texto cedido por (U) Renate Philipsen, estudiante del WS/96



IX. La espera

Jorge Luis Borges

(Argentina, 1899- Suiza, 1986)

5 El coche lo dejó en el cuatro mil cuatro de esa calle del Noroeste. No habían dado las nueve de la mañana; el hombre notó con aprobación los manchados plátanos, el cuadrado de tierra al pie de cada uno, las decentes casas de balconcito, la farmacia contigua, los desvaídos rombos de la pinturería y ferretería. Un largo y ciego paredón de hospital cerraba la acera de enfrente; el sol reverberaba, más lejos, en unos invenáculos. El hombre pensó que esas cosas (ahora arbitrarias y casuales y en cualquier orden, como las que se ven en los

10 sueños) serían con el tiempo, si Dios quisiera, invariables, necesarias y familiares. En la vidriera de la farmacia se leía en letras de loza: Breslauer, los judíos estaban desplazando a los italianos, que habían desplazado a los criollos. Mejor así; el hombre prefería no alternar con gente de su sangre.

15 El cochero le ayudó a bajar el baúl; una mujer de aire distraído o cansado abrió por fin la puerta. Desde el pescante el cochero le devolvió una de las monedas, un vintén oriental que estaba en su bolsillo desde esa noche en el hotel de Melo. El hombre le entregó cuarenta centavos, y en el acto sintió: "Tengo la obligación de obrar de manera que todos se olviden de mí. He cometido dos errores: he dado una moneda de otro país y he dejado ver que me importa esa equivocación".

20 Precedido por la mujer, atravesó el zaguán y el primer patio. La pieza que le habían reservado daba, felizmente, al segundo. La cama era de hierro, que el artífice había deformado en curvas fantásticas, figurando ramas y pámpanos; había, asimismo, un alto ropero de pino, una mesa de luz, un estante con libros a ras del suelo, dos sillas desparejas y un lavatorio con su palangana, su jarra, su jabonera y un botellón de vidrio turbio. Un mapa de la provincia de Buenos Aires y un crucifijo adornaban las paredes; el papel era carmesí, con grandes pavos reales repetidos, de cola desplegada. La única puerta daba al patio. Fue necesario variar la colocación de las sillas para dar cabida al baúl. Todo lo aprobó el inquilino; cuando la mujer le preguntó cómo se llamaba, dijo Villari, no como un desafío

25 secreto, no para mitigar una humillación que, en verdad, no sentía, sino porque ese nombre lo trabajaba, porque le fue imposible pensar en otro.

30 No lo sedujo, ciertamente, el error literario de imaginar que asumir el nombre del enemigo podía ser una astucia.

35 El señor Villari, al principio, no dejaba la casa; cumplidas unas cuantas semanas, dio en salir, un rato, al oscurecer. Alguna noche entró en el cinematógrafo que había a las tres cuadras. No pasó nunca de la última fila; siempre se levantaba un poco antes del fin de la función. Vio trágicas historias del hampa; éstas, sin duda, incluían errores, éstas, sin duda, incluían imágenes que también lo eran de su vida anterior; Villari no las advirtió porque la idea de una coincidencia entre el arte y la realidad era ajena a él. Dócilmente trataba de que le gustaran las cosas; quería adelantarse a la intención con que se las mostraban. A

40 diferencia de quienes han leído novelas, no se veía nunca a sí mismo como un personaje del arte.

45 No le llegó jamás una carta, ni siquiera una circular, pero leía con borrosa esperanza una de las secciones del diario. De tarde, arribaba a la puerta una de las sillas y mateaba con seriedad, puestos los ojos en la enredadera del muro de la inmediata casa de altos. Años de soledad le habían enseñado que los días, en la memoria, tienden a ser iguales, pero que no hay un día, ni siquiera de cárcel o de hospital, que no traiga sorpresas, que no sea al trasluz una red de mínimas sorpresas. En otras reclusiones había cedido a la tentación de contar los días y las horas, pero esta reclusión era distinta, porque no tenía término -salvo que el diario, una mañana, trajera la noticia de la muerte de Alejandro Villari. También era posible

50 que Villari ya hubiera muerto y entonces esta vida era un sueño. Esa posibilidad lo



inquietaba, porque no acabó de entender si se parecía al alivio o a la desdicha; se dijo que era absurda y la rechazó. En días lejanos, menos lejanos por el curso del tiempo que por dos o tres hechos irrevocables, había deseado muchas cosas, con amor sin escrúpulo; esa voluntad poderosa, que había movido el odio de los hombres y el amor de alguna mujer; ya no quería cosas particulares: sólo quería perdurar, no concluir. El sabor de la yerba, el sabor del tabaco negro, el creciente filo de sombra que iba ganando el patio, eran suficientes estímulos.

Había en la casa un perro lobo, ya viejo. Villari se amistó con él. Le hablaba en español, en italiano y en las pocas palabras que le quedaban del rústico dialecto de su niñez. Villari trataba de vivir en el mero presente, sin recuerdos ni previsiones; los primeros le importaban menos que las últimas. Oscuramente creyó intuir que el pasado es la sustancia de que el tiempo está hecho; por ello es que éste se vuelve pasado en seguida. Su fatiga, algún día, se pareció a la felicidad; en momentos así, no era mucho más complejo que el perro.

Una noche lo dejó asombrado y temblando una íntima descarga de dolor en el fondo de la boca. Ese horrible milagro recurrió a los pocos minutos y otra vez hacia el alba. Villari, al día siguiente, mandó buscar un coche que lo dejó en un consultorio dental del barrio del Once. Ahí le arrancaron la muela. En ese trance no estuvo más cobarde ni más tranquilo que otras personas.

Otra noche, al volver del cinematógrafo, sintió que lo empujaban. Con ira, con indignación, con secreto alivio, se encaró con el insolente. Le escupió una injuria soez; el otro, atónito, balbuceó una disculpa. Era un hombre alto, joven, de pelo oscuro, y lo acompañaba una mujer de tipo alemán; Villari, esa noche, se repitió que no los conocía. Sin embargo, cuatro o cinco días pasaron antes que saliera a la calle.

Entre los libros del estante había una *Divina Comedia*, con el viejo comentario de Andreoli. Menos urgido por la curiosidad que por un sentimiento de deber, Villari acometió la lectura de esa obra capital; antes de comer, leía un canto, y luego, en orden riguroso, las notas. No juzgó inverosímiles o excesivas las penas infernales y no pensó que Dante lo hubiera condenado al último círculo donde los dientes de Ugolino roen sin fin la nuca de Ruggieri.

Los pavos reales del papel carmesí parecían destinados a alimentar pesadillas tenaces, pero el señor Villari no soñó nunca con una glorieta monstruosa hecha de inextricable: pájaros vivos. En los amaneceres soñaba un sueño de fondo igual y de circunstancias variables. Dos hombres y Villar entraban con revólveres en la pieza y lo agredían al salir del cinematógrafo o eran, los tres a un tiempo, el desconocido que lo había empujado, o lo esperaban tristemente en el patio y parecían no conocerlo. Al fin del sueño, él sacaba el revólver del cajón de la inmediata mesa de luz (y es verdad que en ese cajón guardaba un revólver) y lo descargaba contra los hombres. El estruendo del arma lo despertaba, pero siempre era un sueño y en otro sueño tenía que volver a matarlos.

Una turbia mañana del mes de julio, la presencia de gente desconocida (no el ruido de la puerta cuando la abrieron) lo despertó. Altos en la penumbra del cuarto, curiosamente simplificados por la penumbra (siempre en los sueños de temor habían sido más claros), vigilantes, inmóviles y pacientes, bajos los ojos como si el peso de las armas los encorvara, Alejandro Villari y un desconocido lo habían alcanzado, por fin. Con una seña les pidió que esperaran y se dio vuelta contra la pared, como si retomara el sueño. ¿Lo hizo para despertar la misericordia de quienes lo mataron, o porque es menos duro sobrellevar un acontecimiento espantoso que imaginarlo aguardarlo sin fin, o -y esto es quizá lo más verosímil- para que los asesinos fueran un sueño, como ya lo habían sido tantas veces, en el mismo lugar, a la misma hora?

En esa magia estaba cuando lo borró la descarga.



Obras completas de Jorge Luis Borges, Editorial Emecé, 1974, págs. 808 y sig.

Gesamttitle: Obras completas / Jorge Luis Borges

Verfasser: Jorge Luis Borges **Erschienen:** Buenos Aires : Emecé, 2001-

Standort: Fachbibliothek am Romanischen Seminar

rom 980:bor 3,2 Signatur: Ba 6219

Bibliografía

CROCE M., GALLO S. , *Enciclopedia Borges*, Edit. Alfama, España, 2008

FISHBURN, E. & PISCHE H., *A dictionary of Borges*, Duckworth, 1990

Borges en la Red

Borges - Diario Clarín

<http://www.clarin.com.ar/diario/especiales/Borges/html/Home.html>

Suplemento monográfico del diario bonaerense *Clarín* dedicado a Borges, con colaboraciones de Ernesto Sábato, Antonio Tabucchi, Umberto Eco, Ricardo Piglia, Susan Sontag, Julián Barnes, Bioy Casares y otros; además, reseñas biográfica y bibliográfica y diversos documentos sonoros que recogen palabras de Borges en su propia voz.

Borges en Italia: perfil de una recepción

<http://www.club.it/culture/enrique.santos.unamuno/>

Artículo que trata de la fortuna literaria de Borges en Italia. Desde *Culture*, revista de la Università degli Studi di Milano. Por Enrique Santos Unamuno.

.Borgianas - Centro Virtual Cervantes

http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/agosto_99/2408199_9_03.htm

A lo largo de 1999, el CVC ha publicado (en su sección diaria *Rinconete*) las *Borgianas*, citas de la obra de Borges que recogen los elementos y las obsesiones de su personal universo. A través de esta página se puede acceder a una recopilación de todas ellas.

CasiNada - Jorge Luis Borges

<http://usuarios.iponet.es/casinada/00borges.htm>

- Centro de Estudios y Documentación 'Jorge Luis Borges'

<http://www.uiowa.edu/borges/spanish.htm>

Sitio en la red consagrado enteramente al estudio de la obra, el pensamiento y el estilo del autor.

Bibliografía general de todas las obras de Borges; bibliografía especializada de las obras críticas de Borges; servicio Borges Studies on Line; informaciones sobre la revista *Variaciones Borges*; enlaces sobre Borges en la red; reseñas de publicaciones; información de actos y convocatorias relacionados con Borges, etcétera. Páginas en inglés, francés y castellano.

- Espéculo Temático- Jorge Luis Borges

Revista Electrónica Cuatrimestral de Estudios Literarios ISSN: 1139-3637

Facultad de Ciencias de la Información UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

<http://www.ucm.es/info/especulo/tematico/borges/index.html>